

Capítulo 11

Notas y acercamientos a la narcoliteratura. Una lectura crítica a *Aquí no es Miami* de Fernanda Melchor y *El infierno* de Luis Estrada

*Alondra R. Gómez
Edgar A. G. Encina*

DOI: <https://doi.org/10.61728/AE26003993>



Al menos, en lo que va del siglo, a palabras como cultura, series, corridos, publicidad y literatura, se les ha integrado el prefijo narco. Su uso se encuentra en los discursos oficiales, medios de comunicación, en la promoción de artefactos culturales y personas en general. Lo “narco” permea en el imaginario colectivo y de a poco ha ido apareciendo en los espacios académicos, sociales y cotidianos. Dada la recurrencia de esta práctica en el lenguaje, es de relevancia que se cuestionen los discursos que se reproducen y consumen tanto en el cine como en la literatura. Este tópico, al ser llevado al *mainstream* en los últimos años, requiere ser analizado desde perspectivas críticas. El presente trabajo propone la lectura compleja de *Aquí no es Miami* (2021),¹ de manera más concreta, de la crónica “Veracruz se escribe con Z”² de Fernanda Melchor en comparación con el filme *El infierno* (2010)³ del director mexicano Luis Estrada. El punto de inicio se cuestiona si las obras, entendidas como artefactos culturales, ponen en tela de juicio o reproducen el discurso oficial sobre el narco que propone Oswaldo Zavala en *Los cárteles no existen* (2018).⁴

Oswaldo Zavala, periodista, profesor de literatura y narrador, expone en *Los carteles no existen* una serie de premisas que remiten a una ficción elaborada con fines políticos y de control gubernamental. La historia del narco, como se conoce en la actualidad, permanece aislada de los discursos oficiales hasta que, “el 19 de febrero de 2012 [...] un grupo de

¹ *Aquí no es Miami* de Fernanda Melchor fue publicada originalmente por la editorial Almadía y la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2013, y reeditada cinco años después en Literatura Random House. La obra fue distinguida por el periódico Gazeta Wyborcza con el Premio Internacional Ryszard Kapuściński (Polonia) en el género de reportaje literario.

² Las crónicas concentradas en el título “Veracruz se escribe con Z” fueron publicadas en 2011 por la *Revista Replicante*. Al año siguiente recibieron el Premio Nacional de Periodismo Dolores Guerrero.

³ La cinta *El infierno* es una comedia negra estrenada en 2010, con producción de Bandidos Film y el Instituto Mexicano de Cinematografía. Al siguiente año obtuvo varias nominaciones para los premios Ariel en México y Goya en España.

⁴ Originalmente *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México* fue publicado por la editorial Malpaso en 2018 y traducido en 2022, por William Savinar, como *Drug Cartels Do Not Exist. Narcotrafficking in US and Mexican Culture* en Vanderbilt University Press

soldados simuló la revisión de un automóvil para ilustrar al presidente —Felipe Calderón— los procedimientos para detectar droga” (2018, p. 5). En la representación elaborada por los militares, se personificó al traficante de manera específica, tipificándolo, a grandes rasgos, como “un hombre vestido de vaquero escuchando narcocorridos” (2018, p. 5). Emulando el retrato, en *El infierno* se presenta el personaje de Benny García, protagonizado por Damián Alcázar, luego de que se ha unido a las fuerzas del cártel de Los Reyes, un grupo ficticio de traficantes que están al mando de don José Reyes y su hijo, apodado JR. Esta pinta, además, se refuerza con el póster de la cinta que muestra a un vaquero en traje blanco, con cadena dorada alrededor del cuello, sombrero texano y gran hebilla plateada, haciendo gala de la empuñadura de su arma sostenida por el cinturón; del mismo modo que uno de los personajes en la crónica de Melchor con “la cacha de una pistola que asoma por encima de la cintura de sus bermudas” (2021, p. 115). Esta representación es “en teoría todo lo opuesto del soldado: indisciplinado, vulgar, ignorante, violento” (Zavala, 2018, p. 6).

Astorga “observa que la indumentaria arquetípica del ‘narco’ modelo coincide con la de muchos de los habitantes de las regiones rurales de México” (Zavala, 2018, p. 6). *El infierno*, segundo filme de una trilogía del director Luis Estrada, relata los sucesos en los que se ve envuelto Benny García, un mexicano deportado a su lugar de origen, una comunidad en el semidesierto mexicano, quien descubre, por un lado, que el crimen organizado impera en los alrededores y que, por el otro, falleció su hermano, el cual había pertenecido al grupo de “Los Reyes”. En ese caso, el estereotipo de Astorga coincide con el que se representa en la película, pues, al desarrollarse en un ambiente rural, la relación entre el discurso oficial y el que se retrata en la película son similares.

El estereotipo se volvió reconocible debido a que, en parte, se llevó a cabo un proceso de caricaturización del fenómeno a partir de “la guerra contra el narco”, declarada por el presidente Felipe Calderón Hinojosa el 10 de diciembre de 2006. Fue soportada por una fuerte influencia cultural arrastrada en el tiempo con, por ejemplo, películas como *La banda del carro rojo*, dirigida por Rubén Galindo en 1978, el cine de ficheras o de cabaret que alcanzó su auge en las décadas de 1980 y 1990; también por

novelas como *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo de 1994 y *La reina del sur* de Arturo Pérez-Reverte de 2002; o la profusión de artículos en revistas como *Proceso*, *Nexos* y otras. En general, en estas expresiones es posible descubrir que se imaginó e ilustró al narcotraficante como un paria social, antítesis del buen ciudadano que, como villano, se enfrenta al héroe (Zavala, 2018), en este caso vestido con la indumentaria de las fuerzas del Estado.

Este enfrentamiento funciona como una explicación a la violencia que se agudizó a finales de 2006, ejemplificada en Melchor “después de un enfrentamiento entre militares e integrantes de un grupo delictivo en las calles” (2021, p. 148). El nivel y ritmo de violencia permite pensarse que “obedece más a las estrategias disciplinarias de las propias estructuras del Estado que a la acción criminal de los supuestos ‘narcos’” (Zavala, 2018, p. 8). De este modo, se creó un aparato semiótico y lingüístico que ha permeado en los relatos y discursos que nacen desde esas estrategias disciplinarias y llegan a los estratos coloquiales de la lengua, reproduciéndose distintas narconarrativas que difunden las características de personajes arquetípicos en los que destellan “una serie de atributos mitológicos que naturalizan la violencia y moralizan las acciones criminales” (Zavala, 2018, p. 22), que en el caso de la obra de Melchor sucede lo primero y en *El infierno* ocurre lo segundo. En este caso, vestido con la indumentaria de las fuerzas del Estado.

En “Veracruz se escribe con Z” —la última crónica de *Aquí no es Miami* (2021)—, se desarrollan pequeñas historias narradas en segunda persona buscando un posicionamiento del yo cronista con “una forma narrativa que exotiza la violencia y la sordidez tremendista atribuidas al narco” (Zavala, 2018, p. 22). Quien narra las estampas es un sujeto externo a los grupos delictivos, que mira desde afuera, acercándose sin pertenecer al centro, y experimenta la violencia ejercida en ambientes cotidianos en nombre. Acá se expone la violencia, pero no a modo de denuncia, sino reafirmando los estereotipos a medida que las escenas se intensifican.

La idea de que las actividades del narcotráfico son indisciplinadas toma sentido con breves descripciones como la de “un grupo de sujetos armados [que] entraron al bar, se encaminaron a una de las mesas y sacaron a rastras

a un muchachito” (Melchor, 2021, p. 120-121). A dicha caterva, que no respeta las normas sociales, se le añade la idea de vulgaridad desprendida de un estereotipo con tonos clasistas, pues “aquellos chicos tienen más pinta de albañiles en día de descanso que de turistas” (Melchor, 2021, p. 114). Se dibujan escenas en las que el lector reconstruye la pinta estereotipada y/o prejuiciosa que muchas veces apunta a la ignorancia y ausencia de educación formal, como en la “cartulina que reza: Ezto le va a pazar a todoz aquellos que falten al respeto o pongan el dedo a la compañía. Atte Z” (Melchor, 2021, p. 123). El retrato se calca numerosas veces en *El Infierno* (2010) a modo de pedagogía de la crueldad estableciendo un puente económico-social, pues la causa por la que estos individuos se unen a la delincuencia es porque provienen de contextos adversos, precarios y sin salida formal.

En el relato de la película, esa prosperidad que es negada es el principal motivo por el que Benny García se une a “Los Reyes”. Después de descubrir que su hermano ha fallecido a manos de la banda criminal enemiga, “Los Panchos”, se dedica a buscar a su cuñada, de la que se enamora y promete sacarla de la vida de carencias que lleva con su hijo. Su sobrino, del mismo nombre que el protagonista, quien más adelante sigue los pasos de su padre, se ve envuelto en una situación comprometedor que le llevará a la cárcel. El personaje de Damián Alcázar, luego de una interacción con los policías que retienen a su sobrino en la que le piden una exorbitante cantidad de dinero a cambio de la libertad del chico, busca una salida económica en su amigo de la infancia, el apodado “El Cochiloco”, personaje de Joaquín Cosío, jefe de plaza de “Los Reyes”.

Personificando al vaquero que escucha narcocorridos: “camisas Versace, botas de piel de cocodrilo y ese infaltable sombrero sin el cual no sería reconocible” (Zavala, 2018, p. 5). “El Cochiloco” va al rescate de su amigo, haciéndole saber que conocerá al jefe del grupo mafioso. De esta manera, Benny García se une a los criminales, convirtiéndose en narcotraficante, sicario y delincuente que va en su “obligada camioneta Lobo” (Zavala, 2018, p. 27). Este marcador de los vehículos ostentosos también se reproduce en *Aquí no es Miami*, al relatar que “luego es una camioneta cuya marca no reconoces: solo sabes que es blanca, nueva y lleva los vidrios polarizados” (Melchor, 2021, p. 115).

Es probable que la parte que más alarma trae al análisis sea la reproducción del discurso oficial por parte de los productos culturales que

contienen altos niveles de violencia. Aquí se corre el riesgo, al mostrar de forma cruda y sin aparato crítico esos actos, de banalizar el mal, como lo categorizó Hannah Arendt (2019). La banalización o normalización de situaciones como cuando “te despiertas con el ruido de las metralletas tronando afuera de tu casa” (Melchor, 2021, p. 121) o (se) te encuentras “secuestrada en su domicilio cuatro días antes del hallazgo, después de un enfrentamiento entre militares e integrantes de un grupo delictivo en las calles” (Melchor, 2021, p. 123) o “las imágenes de Nayeli abundan: instantáneas de la joven en vida (cabello liso, salpicado de mechas rubias, sonrisa amplia, rostro afilado) y de su cuerpo mutilado (piernas cortadas a la altura de las ingles, brazos amoratados, separados de un torso apenas cubierto por una camiseta a rayas” (Melchor, 2021, p. 123), terminan por desensibilizar al lector, espectador y/o consumidor (Zavala, 2018).

La cotidianidad en ambos artefactos culturales está plagada de actos de violencia, asesinatos, balaceras, tortura que, desde luego, no son actos de menor importancia. A pesar de que Benny García trata de redimirse, no tiene escapatoria de un final trágico y los “yos” cronistas de Veracruz, que se escriben con Z, parecen no inmutarse ante la violencia exacerbada que presencian. Es hasta el final que ambas expresiones se tambalean y retratan la muerte de manera fría. En Melchor, la última estampa del libro narra a un chico herido de bala en el hospital que llora por su madre, la cual no sobrevivió a la balacera. En la película, el personaje central muere y es su sobrino el que lo sobrevive. La diferencia es que al primero le tocó la mala suerte de estar en el lugar y momento equivocado, y “lloras [...] porque tú fuiste el que eligió el taxi que se atravesaría en medio de la balacera” (Melchor, 2021, p. 125); por su parte, el segundo se quedó en el mundo de la delincuencia, en el que la tragedia será inevitable.

Tiene relevancia que esta narración sea la última del libro. Es como si por el simple hecho de estar vivos, llevando a cabo actividades cotidianas, ya se formara parte de las dinámicas violentas que han sido normalizadas. Lo que se ve expuesto, entonces, es el relato de una violencia que se halla entretejida en el entramado social. Al morir la madre del yo cronista, se juega con la sensibilidad del lector al concluir el libro con “porque todo es tu culpa” (Melchor, 2021, p. 125). No es culpa del sistema, ni de la falta de seguridad, sino de la internalización del discurso oficial alrededor

del narco. Siempre es culpa del individuo ser víctima, porque *Aquí no es Miami*, es el mismísimo infierno, ya que la muerte se queda pesando en los hombros de quienes la padecen y se recalca de manera constante que no hay escapatoria de ese sistema.

Al internalizar este discurso, la población se ha vuelto casi indiferente ante las dinámicas de estas narrativas violentas que limitan el accionar de los miembros de la sociedad, pues cada vez normaliza más la muerte, la violencia y los estereotipos que no solo se reproducen, sino que se sustentan y se basan en la realidad en un círculo en el que la realidad supera la ficción. Como señala Zavala, “periodistas, cineastas, músicos, narradores y artistas plásticos comparten por igual la misma plataforma epistemológica que posiciona al narco en el centro de un pacto horizontal de poder postsoberano” (2018, p. 20). Parece ser el caso de *El infierno*, (2010), pues reproduce al pie de la letra este discurso oficial y, pese a que Melchor tiende a tener una visión crítica en algunas crónicas de *Aquí no es Miami* (2021), en la última, “Veracruz se escribe con Z”, se legitima la narconarrativa.

Referencias

- Arendt, H. (2019). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen.
- Estrada, L. (Director). (2010). *El infierno* [Película]. Bandidos Films; IMCINE.
- Galindo, R. (Director). (1978). *La banda del carro rojo* [Película]. Filmadora Chapultepec.
- Melchor, F. (2011, 10 de abril). Veracruz se escribe con Z. *Revista Replicante*. <https://revistareplicante.com/veracruz-se-escribe-con-zeta/>
- Melchor, F. (2013). *Aquí no es Miami*. Penguin Random House.
- Pérez-Reverte, A. (2002). *La reina del sur*. Alfaguara.
- Vallejo, F. (1994). *La virgen de los sicarios*. Alfaguara.
- Zavala, O. (2018). *Los cárteles no existen: Narcotráfico y cultura en México*. Malpaso.